



La biografía de Mujámmad

Vida y obra del Profeta del Islam



Editor

Said Abdunur Pedraza





La biografía de Mujámmad

VIDA Y OBRA DEL PROFETA DEL ISLAM

Editor

Said Abdunur Pedraza





La biografía de Mujámmad

VIDA Y OBRA DEL PROFETA DEL ISLAM

Editor

Said Abdunur Pedraza

máktaba 
Editorial

Primera edición.
2021, Editorial Máktaba.
Bogotá, D. C. Colombia.

www.editorialmaktaba.com
www.facebook.com/MaktabaAcademia
www.instagram.com/academiaeditorialmaktaba
contacto@editorialmaktaba.com

ISBN: 978-958-53201-2-3
Impreso en Colombia - Printed in Colombia

Primera impresión, 2021.

Traducción: IslamReligion.com.

Revisión y edición: Said Abdunur Pedraza.

Diseño y diagramación: Damián Crofort.

Fotografía de portada: Archivo Editorial Máktaba.

Licencia CC BY-SA 4.0



Usted es libre de compartir, copiar y redistribuir este libro en cualquier medio o formato para cualquier propósito, bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** Debe dar crédito de manera adecuada e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de Editorial Máktaba.
- **Compartir igual:** Si remezcla, transforma o crea a partir de este libro, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.

Contenido

Prefacio	7
Preliminares	9
Estado social y político de la Península Árabe antes del nacimiento del Profeta Mujámmad	9
Primeros años	13
El nacimiento del Profeta	13
Los junafá	14
La revelación	17
El Corán o “Recitación”	17
Los años en La Meca	18
Primeras conversiones	18
Inicio de la persecución	19
Huida a Abisinia	20
La conversión de Ómar	20
Destrucción de la <i>sajifa</i>	21
Hombres de Yazrib	22
Primer pacto de Ácaba	23
Segundo pacto de Ácaba	23
Complot para asesinar al Profeta	25
Los años en Medina	26
La Hégira (23 de septiembre de 622 e. c.)	26
La Quibla	30
Las primeras expediciones	31
La campaña de Báder	32

La batalla en el monte Újud	34
Masacre de los musulmanes	35
Expulsión de Bani Nadir	35
La batalla del foso	35
Castigo de Bani Curaida	36
Judaibiya	37
El Pacto de Judaibiya	38
La campaña de Jáibar	38
Peregrinación a La Meca	39
La tregua anulada por Curaich	39
La victoria del Islam	40
La conquista de La Meca	40
Batalla de Junain	40
Conquista de Taif	41
La expedición a Tabuk	41
Declaración de inmunidad	41
Los últimos meses	43
La Peregrinación de Despedida	43
Enfermedad y Muerte del Profeta	44



PREFACIO



Hace catorce siglos, mientras grandes imperios como el persa y el bizantino se extendían por el mundo, en medio de la nada, en una tierra árida y áspera que nadie ambicionaba, que ningún imperio deseaba, ocurrieron una serie de eventos que cambiaron por completo el mapa del mundo y la historia de la humanidad.

En el desierto, en medio de un grupúsculo de tribus primitivas y desorganizadas sin grandes ejércitos, sin avances tecnológicos, sin gran arquitectura, enfrascadas en guerras tan brutales como irrelevantes, en fin, en medio de una sociedad fragmentada, arcaica y violenta, un hombre aceptó la misión divina de recibir y divulgar el último mensaje del Creador para la humanidad. Una misión difícil que lo llevó a sufrir persecución, calamidades, abusos, y la pérdida de su fortuna, su reputación y algunos de sus seres queridos y de sus seguidores.

Pero su compromiso con Dios, su determinación por cumplir con su misión, su compasión y misericordia hacia todos los seres, su valor tanto en medio de las adversidades como en el campo de batalla, y la lealtad y el respeto de sus seguidores, convirtieron a Mujámmad, el último Profeta y Mensajero de Dios, en el fundador de una civilización que rápidamente conquistó Persia y Bizancio, y desarrolló las artes y las ciencias a tal punto que aún hoy la humanidad se beneficia de ello.

Más importante aún, Mujámmad enseñó el Islam, una forma de vida más que una religión, que es seguida en la actualidad por una de cada cuatro personas en el mundo. Toda la civilización islámica, que

fue la luz del mundo por un milenio, y todos los rituales, las prácticas cotidianas, los valores y la ética de la sociedad musulmana, están fundamentadas en el Corán, la última revelación de Dios, que le fue transmitida a Mujámmad, un sencillo guía de caravanas analfabeto, que vivía en un lugar apartado que no tenía importancia en los libros de historia. Pero hoy, el Corán se conoce en todos los continentes, y el Islam ortodoxo o suní se ha convertido en la mayor denominación religiosa del planeta.

En febrero de 2006, el sitio web IslamReligion.com publicó, en su portal en inglés, una serie de artículos en la que se resumen, de manera muy breve, los aspectos más importantes de la vida y obra de Mujámmad ibnu Abdul-lah, a quien Dios le entregó Su última revelación, el Corán. Dicho portal publicó la traducción al español de estos artículos en 2008, y ahora Editorial Máktaba presenta esta nueva versión revisada y editada en formato impreso.

Este libro es una introducción sencilla y fácil de leer a la vida de este gran hombre, que fue exitoso como comerciante, estadista, estratega, juez, padre, esposo, líder, maestro y profeta. Con esta edición, esperamos poner al alcance de todos la información suficiente sobre Mujámmad para despertar el interés sobre su vida y su legado, despejar malos entendidos divulgados por sus enemigos, y ayudar en la construcción de una mejor coexistencia entre todos.

سعید عبد النور بدراسا

Said Abdunur Pedraza.

Bogotá, ramadán de 1442 / abril de 2021.



PRELIMINARES



Estado social y político de la Península Árabe antes del nacimiento del Profeta Mujámmad

En aquella época, Arabia estaba dividida en tres áreas de influencia. El norte vivía bajo la sombra de dos grandes imperios, el bizantino cristiano y el persa zoroastriano. Ambos imperios vivían enfrascados en una guerra eterna, y ambos tenían las mismas posibilidades de conseguir la victoria definitiva sobre el otro. A las sombras de estos poderes vivían los árabes de la región del norte, con alianzas divididas y cambiantes.

El sur era la tierra de los perfumes árabes, llamada por los romanos 'Arabia Felix' (en el día de hoy Yemen y el sur de Arabia Saudita); era propiedad deseada. La conversión del gobernador de Etiopía, el Negus, al cristianismo, llevó a su país a aliarse con el imperio bizantino, y fue con el consentimiento de Bizancio que los etíopes tomaron posesión de este territorio fértil a principios del siglo VI. Pero ya para entonces, los sureños habían abierto los desiertos de Arabia Central al comercio, introduciendo una medida de su organización en la vida del beduino que servía de guía para las caravanas, y estableciendo puestos de comercio en los oasis.

Si el símbolo de estas personas sedentarias eran los árboles de inciensos, el de la zona árida era la palmera de dátiles; por un lado,

el lujo del perfume, por otro la comida básica. A nadie le hubiera interesado el Jiyaz (*donde no cantan las aves ni crecen las hierbas, según el poeta sureño*) como una propiedad deseable. Las tribus del Jiyaz nunca experimentaron la conquista ni la opresión; nunca habían sido obligadas a decirle ‘señor’ a nadie.

La pobreza era su protección, pero indudablemente no se sentían pobres. Para sentir la pobreza se debe envidiar la riqueza, y ellos no envidiaban a nadie. Su riqueza estaba en la libertad interior, en sus nobles ancestros, y en el sensible instrumento del único arte que conocían, el arte de la pobreza. Todo lo que ahora llamamos ‘cultura’ se concentraba en este medio solamente. Su pobreza glorificaba el coraje y la libertad, alababan al amigo y se burlaban del adversario. Ensalzaban la valentía del miembro de la tribu y la belleza de la mujer, en poemas cantados en los fogones o en el infinito desierto bajo el vasto cielo azul, siendo testigos de la grandeza de la pequeña criatura humana viajando en los vastos terrenos de la Tierra.

Para los beduinos el mundo era tan poderoso como la espada. Cuando se encontraban con tribus hostiles para probarse en la batalla, era costumbre que se apareciera el poeta más fino alabando el coraje y la nobleza de su propia gente, y despreciando al enemigo innoble. Tales batallas, en donde el combate entre los campeones rivales era la mayor característica, eran más una competencia de honor que una guerra como la comprendemos hoy en día: Tumultos, presunción y exposición, con menos víctimas que aquellas producidas por la guerra moderna. Servían un claro propósito económico a través de la distribución del botín; y para el vencedor, presionar demasiado su ventaja sería lo contrario al concepto de honor. Cuando alguno de los dos lados era derrotado, contaban los muertos y los victoriosos les pagaban el dinero de sangre (para compensar los daños) a los vencidos, para que la fuerza relativa de las tribus se mantuviera balanceada¹. El contraste entre estos y las prácticas de la guerra civilizada es impresionante.

Sin embargo, La Meca fue, y sigue siendo, importante por una razón diferente, ya que allí se encuentra la Kaba, el primer lugar establecido para que la humanidad adore a su único Dios. La antigua Kaba

¹ El pago del “precio de sangre” permitía que la tribu derrotada no sintiera que había perdido del todo, ni que la ganadora se jactara en demasía de su triunfo. Así, esta “compensación” ayudaba a restablecer las relaciones entre las tribus y mantener un cierto equilibrio de poderes. Esto era importante en un lugar extenso y desértico donde ninguna tribu tenía suficiente poder para conquistar todo el territorio y dominar a las demás. Por ello, nunca se había constituido un estado árabe, y las luchas tribales eran frecuentes.

ha sido, desde hace mucho, el centro de este pequeño mundo. Más de 1.000 años antes de que Salomón construyera el templo de Jerusalén, sus ancestros Abraham e Ismael levantaron las paredes de los antiguos cimientos de la Kaba. Más tarde, un tal Cusay, líder de una poderosa tribu de los curaichitas, estableció allí su población. Esta era la ciudad de La Meca (o 'Baca'). Cerca de la Kaba corre el manantial de Zam Zam, cuyo origen viene también de los tiempos de Abraham. Fue dicho manantial el que salvó la vida de Ismael. Como dice la Biblia:

“Y oyó Dios la voz del muchacho; y el ángel de Dios llamó a Agar desde el cielo, y le dijo: ¿Qué tienes, Agar? No temas; porque Dios ha oído la voz del muchacho en donde está. Levántate, alza al muchacho, y sostenlo con tu mano, porque yo haré de él una gran nación. Entonces Dios le abrió los ojos, y vio una fuente de agua; y fue y llenó el odre de agua, y dio de beber al muchacho. Y Dios estaba con el muchacho; y creció, y habitó en el desierto, y fue tirador de arco”. (Génesis 21:17-20)

O, como cantan los salmistas:

“Pasando por el valle de Baca lo convierten en manantial, también las lluvias tempranas lo cubren de bendiciones”.
(Salmos 84:6)

Las circunstancias del tiempo favorecieron el desarrollo de La Meca como un gran centro comercial. Las guerras entre Persia y Bizancio habían cerrado la mayoría de las rutas del norte entre oriente y occidente, mientras que la influencia y prosperidad del sur de Arabia habían sido destruidas por los etíopes. Además, el prestigio de la ciudad fue mejorado por su rol como centro de peregrinación, como lo fue el de los curaichitas como custodios de la Kaba, disfrutando lo mejor de los dos mundos. La combinación de la nobleza, la descendencia árabe de Abraham a través de Ismael, con autoridad económica y espiritual, les brindó bases para creer en su esplendor. Comparados con cualquier otra nación del mundo, sentían que eran el esplendor del Sol comparado con el brillo de una estrella.

Pero la distancia del tiempo desde los grandes patriarcas y profetas, así como también su aislamiento en los áridos desiertos de la península, se había transformado en idolatría. Teniendo fe en la intercesión de dioses menores relacionados con el Dios Supremo en sus ritos de adoración, ellos creían que sus deidades poseían el poder de llevar sus plegarias al Dios Supremo. Cada religión y clan, de hecho, cada casa tenía un pequeño 'dios' propio. Trescientos sesenta ídolos fueron instalados en la Kaba y su patio, la casa construida por Abraham para la adoración de un solo Dios. Los árabes honraban

divinamente no solo a ídolos en esculturas, sino que veneraban todo lo sobrenatural. La bebida y el juego eran reinas. Era común que, si el primogénito nacía mujer, enterraban viva a la recién nacida, pues la mujer tenía poco valor para ellos y parte del honor de una familia estaba en que su primogénito fuera hombre; sin embargo, creían que los ángeles eran las hijas de Dios.



PRIMEROS AÑOS



El nacimiento del Profeta

Fue en el año 570 e. c. que el Profeta Mujámmad, que la paz y las bendiciones de Dios sean con él, nació en La Meca, una ciudad de la actual Arabia Saudita. Su padre, Abdul-lah, era el tataranieta de Cusay, el fundador de La Meca, y pertenecía a la familia hachemí de Curaich. Su madre, Amina, era descendiente del hermano de Cusay. Regresando de una caravana de Siria y Palestina, Abdul-lah se detuvo a visitar a unos parientes en un oasis del norte de La Meca, enfermó y luego murió, meses antes del nacimiento de su hijo.

Era la costumbre enviar a los hijos de Curaich al desierto para ser amamantados por una niñera y pasar su niñez en una tribu beduina. Además de consideraciones de salud, esto representaba un regreso a sus raíces, una oportunidad para experimentar la libertad que acompaña el vasto desierto. El profeta Mujámmad fue llevado por una mujer llamada Halima, y pasó cuatro o cinco años con una familia beduina, ocupándose de las ovejas tan pronto como fue capaz de caminar, aprendiendo los secretos del desierto.

Cuando tuvo seis años de edad, no poco después de reunirse con su madre, ella lo llevo de visita a Yazrib, donde había muerto su padre. Ella también se enfermó con una de las fiebres del oasis, y murió en su viaje de regreso a su hogar. Mujámmad quedó bajo el cuidado de su abuelo, Abdul Mutálib, jefe del clan hachemí. Cuando tuvo

ocho años, su abuelo murió, y entonces Mujámmad quedó bajo el cuidado del nuevo líder hachemí, su tío Abu Tálib. El Profeta Mujámmad se dedicó al pastoreo de ovejas, y cuando tuvo nueve años, fue llevado por su tío en el viaje de caravana a Siria para que pudiera aprender el arte del comercio.

Continuó trabajando como comerciante, y pronto se hizo conocido. Entre las fortunas sustanciales de La Meca se encontraba la de la dos veces viuda Jadiya. Impresionada por lo que había escuchado de Mujámmad, quien era conocido ahora como Al Amín (el confiable), lo empleó para llevar su mercancía a Siria. Incluso más impresionada por su competencia que por su encanto personal, cuando completó esta tarea ella le envió una propuesta de casamiento.

Mujámmad tenía veinticinco años, Jadiya tenía cuarenta. Jadiya le otorgó a su marido un joven esclavo, Zaid, a quien Mujámmad liberó. Cuando los parientes de Zaid lo fueron a rescatar, este estaba tan encariñado con su benefactor que eligió permanecer con él. Jadiya tuvo seis hijos con Mujámmad, incluyendo un pequeño niño llamado Casim, que murió antes de cumplir dos años.

Mujámmad era ahora un hombre con riqueza, respetado en la comunidad, admirado por su generosidad y su buen sentido. Su futuro parecía estar asegurado. En su debido momento, habiendo restablecido la prosperidad de su clan, se convertiría en uno de los ancianos más influyentes de la ciudad y terminaría su vida, tal vez, como su abuelo, a la sombra de la Kaba y recolectando largos años invertidos en términos mundanos. Sin embargo, su espíritu no se conformaba y ese sentimiento se acrecentaba a medida que envejecía.

Los junafá

Los mecenos afirmaban descender de Abraham a través de Ismael, y su templo, la Kaba, había sido construido por Abraham para la adoración del Único Dios. Todavía se llamaba la Casa de Dios, pero los objetos de adoración llegaron a ser un gran número de ídolos colocados en su interior, representaciones esculturales de deidades que creían hijas de Dios, y funcionaban como intermediarias. Los pocos que no se sentían a gusto con esta idolatría, que duró siglos enteros, seguían la religión de Abraham. Tales buscadores de la verdad eran conocidos como *junafá*, una palabra que significaba originariamente “aquellos que se apartan” de la adoración de ídolos. Estos junafá no

formaban una comunidad, sino que buscaban la verdad a través de la luz de sus propias consciencias. Mujámmad era uno de ellos.

Fue durante ese momento que el Profeta comenzó a tener sueños premonitorios. También sintió la creciente necesidad de estar solo, y esto lo hizo buscar la reclusión y meditación en las colinas que rodeaban La Meca. Allí se retiraba por días, llevando provisiones con él, y regresaba a su familia para buscar más provisiones. En el brillo del día, y durante las claras noches del desierto, cuando las estrellas parecen penetrar los ojos, su propia sustancia se saturaba con los ‘signos’ de los cielos, para que pudiera servir como un instrumento enteramente adecuado para una revelación ya inherente en estos ‘signos’. En ese momento estaba viviendo una preparación para la enorme tarea que sería colocada sobre sus hombros, la tarea de la profecía y la difusión de la verdadera religión de Dios a su gente y al resto de la humanidad.

Llegó una noche en el sagrado mes de ramadán, la noche conocida por los musulmanes como *Lailat ul Cáder*, la ‘Noche del Designio Divino’. El Profeta Mujámmad solía meditar en la cueva de Jirá con frecuencia. La primera revelación del Corán le llegó allí.

El Profeta Mujámmad se encontraba en soledad en la cueva del Monte Jirá. Allí fue sorprendido por el Ángel de la Revelación, Gabriel, el mismo que visitó a María, la madre de Jesús. Gabriel sorprendió a Mujámmad con un fuerte abrazo y le transmitió una sola orden: *Icra* (¡Lee!)² Mujámmad le dijo: ‘¡No puedo leer!’, pero el ángel le volvió a ordenar dos veces más, cada una con la misma respuesta del Profeta. Finalmente, Gabriel lo abrazó con fuerza y, cuando lo soltó, le reveló la primera ‘recitación’ del Corán:

“¡Lee! [¡Oh, Mujámmad!] En el nombre de tu Señor, Quien creó todas las cosas. Creó al hombre de una célula embrionaria. ¡Lee! Que tu Señor es el más Generoso. Enseñó la escritura con la pluma y le enseñó al hombre lo que este no sabía”. (Corán 96:1-5)

Así comenzó la gran historia de la última revelación de Dios a la humanidad hasta el fin de los tiempos. El encuentro de un árabe, catorce siglos atrás, con un ser del reino de lo invisible, fue un evento de tal significado que movió poblaciones enteras a través de la Tierra y afectó las vidas de cientos de millones de hombres y mujeres, construyendo grandes ciudades y civilizaciones, provocando el choque de poderosos ejércitos, y elevando belleza y esplendor

2 La palabra “lee” en árabe tiene la connotación de lectura y recitación.

jamás vistos antes. También llevó multitudes a las Puertas del Paraíso y, más allá, a la visión de rectitud. La palabra *icra* resonó en los valles del Jiyaz anunciando un cambio definitivo en el mapa del mundo y en la historia, y este hombre, solo entre las rocas, tomó en sus hombros la carga que hubiera destruido las montañas si hubiera descendido sobre ellas.

El Profeta Mujámmad tenía cuarenta años, había llegado a la edad de la madurez. El impacto de este encuentro tremendo podría decirse que derritió la sustancia. La persona que había sido era una piel quemada por la luz y desechada, y el hombre que descendió de la montaña y buscó refugio en los brazos de su esposa Jadiya no fue el mismo hombre que ascendió.

Por un momento, sin embargo, fue como si el hombre continuara. Al descender, escuchó una voz diciendo: “Mujámmad, tú eres el Mensajero de Dios y yo soy Gabriel”. Él miró hacia arriba y el ángel llenó el horizonte. Por donde miraba, la figura estaba allí, inexplicablemente presente. Llego rápido a su hogar y le gritó a Jadiya: “¡Cúbreme! ¡Cúbreme!” Ella lo arropó, colocando una capa sobre él. En cuanto se recuperó, le contó lo que había sucedido. El profeta temía por sí mismo. Ella se quedó cerca de él y lo contuvo:

“¡Nunca! Por Dios, Dios nunca te abandonaría. Tú mantienes buenas relaciones con tus parientes, ayudas a los pobres, atiendes a tus invitados generosamente, y asistes a aquellos que son golpeados con calamidades”. (*Bujari*)

Ella vio en su marido a un buen hombre al que Dios nunca humillaría, debido a sus virtudes de honestidad, justicia y ayuda a los pobres. La primera persona en la faz de la Tierra que creyó en él fue su esposa, Jadiya. Inmediatamente, se dirigió a su tío Wáraca, un erudito bíblico. Después de escuchar la historia, Wáraca lo reconoció por sus profecías en La Biblia como el profeta esperado, y confirmó que lo que había aparecido ante él en la cueva era de hecho el ángel Gabriel, el Ángel de la revelación:

“Él es el que guarda los secretos (Gabriel), el que apareció ante Moisés”. (*Bujari*)

El Profeta continuó recibiendo revelaciones por el resto de su vida, memorizándolas y haciendo que sus compañeros las escribieran en piezas de piel de cordero y lo que tuvieran a su disposición.



LA REVELACIÓN



El Corán o “Recitación”

Las palabras traídas por Gabriel son sagradas para los musulmanes y nunca se confunden con las que dijo Mujámmad. Las primeras son las del Libro Sagrado, el Corán; las segundas son las del Profeta, llamadas Jadiz o Sunna. Dado que el ángel Gabriel le recitaba el Corán oralmente al Profeta, el libro Sagrado es conocido como *Al Qurán*, “La Recitación,” la recitación del hombre que no sabía leer.



LOS AÑOS EN LA MECA



Primeras conversiones

Durante los primeros años de su Misión, el Profeta divulgó el mensaje a su familia y a sus amigos íntimos. La primera mujer en convertirse fue su esposa Jadiya, el primer niño fue su sobrino Ali, a quien él cuidaba, y el primer joven fue su sirviente Zaid, un antiguo esclavo. Su viejo amigo Abu Báker fue el primer hombre adulto en convertirse. Muchos años después, el Profeta le dijo: “Nunca he llamado al Islam a nadie que no haya dudado al principio, con la excepción de Abu Báker.”

Luego, se le ordenó que divulgara abiertamente y que condenara la idolatría. Al principio, los ancianos de Curaich ignoraban a este grupo extraño y pequeño, tratando a Mujámmad como un caso de autoengaño, pero luego comenzaron a percatarse de que sus oraciones, a las cuales se adherían los pobres y los desposeídos (que podían ser vistos entonces como subversivos), representaban una amenaza para su religión y sus intereses. Su poder dependía de su unidad, y con el ejemplo de Yazrib, partido en dos por el conflicto tribal, como una nefasta advertencia de lo que podría suceder en su propia ciudad. Los demás clanes de Curaich estaban obligados a esperar su propio tiempo, para no entrar en conflicto con el clan hachemí, que defendería por costumbre a su miembro si era atacado. Se confinaron a sí mismos, por el momento, a la burla, tal vez el arma más

efectiva en la defensa del hombre común contra la verdad, ya que no recurrían al grado de compromiso inherente de violencia. Su antiguo guardián, Abu Tálib, le pidió que abandonara la divulgación de su mensaje para no arriesgar su seguridad y la del clan. “¡Tío mío!”, le respondió: “incluso si colocaran en mi palma derecha el Sol y la Luna en mi izquierda, no abandonaría mi propósito hasta que Dios me garantice el éxito o hasta que muera en el intento”. La respuesta de Abu Tálib fue una mirada: “Sobrino mío, no te abandonaré”.

La tensión se incrementaba gradualmente en la ciudad, mes a mes, al expandirse la influencia espiritual de Mujámmad, quitando la hegemonía de los mayores de Curaich y dividiendo a sus familias. Esta influencia se transformó en algo incluso más peligroso para el orden establecido, cuando el contenido de las sucesivas revelaciones denunció la celotipia de la plutocracia de los mecanos, avaros que codiciaban ‘más y más’. La oposición ahora la lideraba un tal Abu Yahl, junto a Abu Lahab y a un hombre más joven, que era más sutil y más talentoso que cualquiera de ellos, Abu Sufián. Regresando un día de caza, el tío de Mujámmad, Jamza, quien hasta ese entonces se mantenía neutral, estaba tan enojado por los insultos hacia su sobrino que buscó a Abu Yahl, le pegó en la cabeza y anunció su conversión al Islam.

Inicio de la persecución

A fines del tercer año, el Profeta recibió la orden de “levántate y adviérte”, con lo cual comenzó a divulgar su mensaje en público, apuntando a la despreciable locura de idolatrar frente a las maravillosas leyes del día y la noche, de la vida y la muerte, del crecimiento y la decadencia de los seres, que manifiestan el poder de Dios y atestiguan Su Unicidad. Fue en ese momento, cuando comenzó a hablar en contra de sus dioses, que los curaichitas fueron activamente hostiles, y persiguieron a sus discípulos pobres con burlas e insultos. La única consideración que les impidió desatar una matanza fue el miedo de la venganza de sangre del clan al cual pertenecía la familia de Mujámmad. Fuerte en su inspiración, el Profeta siguió advirtiendo y albriciando, mientras que los curaichitas hacían todo lo posible para ridiculizar sus enseñanzas y a sus seguidores.

Huida a Abisinia

Las personas que abrazaron el Islam durante los primeros cuatro años eran en su mayoría humildes, incapaces de defenderse frente a la opresión. Tan cruel fue la persecución que soportaron, que el Profeta les aconsejó a todos los que pudieran que emigraran, al menos temporalmente, a Abisinia (Etiopia en la actualidad), donde serían bien recibidos por el Negus, 'un Rey justo'. Cerca de ochenta musulmanes huyeron en el año 614 e. c. al país cristiano.

Esta aparente alianza con el poder extranjero enfureció más a los mecenos, que enviaron emisarios al Negus para exigir la extradición de los musulmanes. Un gran debate se mantuvo en la Corte y los musulmanes ganaron el primer día, primero al demostrar que adoraban al mismo Dios que los cristianos, y luego recitando uno de los pasajes coránicos que hablaban de la Virgen María, ante los cuales el Negus lloró y dijo: "Verdaderamente esto viene de la misma fuente que descendió sobre Jesús".

A pesar de la persecución y la emigración, la pequeña comunidad de musulmanes creció en cantidad. Los curaichitas estaban seriamente alarmados. Su estatus se fundamentaba en su papel de guardianes de la Kaba, el lugar sagrado al que peregrinaban todos los árabes para adorar a múltiples ídolos. En la temporada de la peregrinación, los curaichitas enviaban hombres por todas las carreteras para advertir a las tribus en contra de los locos que predicaban contra los ídolos. Trataron de llevar al Profeta a un compromiso, ofreciéndole aceptar su religión si la modificaba para hacerles lugar a sus dioses como intermediarios con Dios. Ofrecían hacerlo rey si dejaba de atacar la idolatría. El rechazo constante del profeta Mujámmad frustró sus esfuerzos de negociación.

La conversión de Ómar

Más importante aún fue la conversión de uno de los hombres más formidables de la ciudad, Ómar ibnul Jatab. Enfurecido por el creciente éxito de la nueva religión, que era contraria a todo lo que creía, juró matar a Mujámmad, que la paz y las bendiciones de Dios sean con él, sin importar las consecuencias. Le dijeron que antes de hacerlo, observara a su familia, ya que su hermana y su cuñado se habían

convertido en musulmanes. Al dirigirse a su hogar los encontró leyendo un capítulo coránico llamado ‘Ta Ha’, y cuando supo que su hermana había abrazado el Islam, la golpeó. Al sentirse avergonzado de sí mismo, quiso ver lo que estaba leyendo. Ella le dio el texto después de pedirle que realizara la ablución antes de tocarlo, y al leer los versículos del Corán, realizó una repentina y total transformación. ¡La dulce potencia de las palabras del Corán lo cambió para siempre! Fue directo a Mujámmad y aceptó el Islam.

Hombres como este eran muy importantes en la sociedad jerárquica como para ser atacados, pero la mayoría de los musulmanes vivía en la pobreza o en la esclavitud. Los pobres eran derrotados y los esclavos torturados para hacerlos renunciar a su fe, y era muy poco lo que Mujámmad podía hacer para protegerlos.

Un esclavo negro llamado Bilal atado sobre la arena ardiente, desnudo bajo el Sol, con piedras pesadas en su pecho y dejado allí para que muriera de sed. Los paganos le exigían renunciar a su religión a cambio de la remisión de la tortura, pero su respuesta fue: “*Ahad! Ahad!*” (¡Dios es Uno! ¡Dios es Uno!) Fue en este estado, en el borde de la muerte, que Abu Báker lo encontró y pagó por él una fianza exorbitante.

Fue cuidado en el hogar de Mujámmad y se convirtió en uno de los amigos más queridos de los musulmanes. Cuando, mucho más tarde, surgió el cuestionamiento de cómo los creyentes deberían ser llamados a rezar, Bilal se convirtió en el primer almuecín (quien realiza la llamada a la oración, anunciada en voz alta desde el lugar de adoración de los musulmanes, llamado mezquita) del Islam: un hombre alto, flaco y negro con una voz poderosa, con cara de cuervo y el cabello gris, que entregó su vida al amor del Único y del Mensajero del Uno.

Destrucción de la *sajifa*

En su frustración, la oligarquía mecana, bajo el liderazgo de Abu Yahl, realizó un documento formal declarando la prohibición o boicot en contra del clan hachemí en su totalidad; no podía haber tratos comerciales con ellos hasta que declararan ilegal a Mujámmad, y nadie podía casarse con una mujer hachemí ni entregarle su hija a un hombre del clan. Entonces, por tres años, el Profeta fue obligado, junto a sus compañeros, a vivir en las afueras de La Meca.

Con el paso del tiempo, las personas bondadosas de Curaich comenzaron a preocuparse por sus viejos amigos y vecinos, y lograron

que el documento, que había sido colocado en la Kaba, fuera reconsiderado. Cuando fueron a buscar el manuscrito (la *sajifa*, literalmente 'página'), encontraron que todas las escrituras habían sido destruidas por hormigas blancas, excepto por las palabras *bismika Al-lahumma* (en Tu nombre, ¡oh, Dios!) Cuando los mayores vieron esa maravilla, se removió la prohibición, y el Profeta fue libre nuevamente para volver a la ciudad. Mientras tanto, la oposición a su llamada era cada vez más rígida. Tenía poco éxito entre los mecanos, y un intento de divulgar el Islam en la ciudad de Taif fue un fracaso. Su misión no era lo que él esperaba, pero en la época de la peregrinación anual reunió un pequeño grupo que lo escuchó armoniosamente.

Hombres de Yazrib

Llegaron realizando la peregrinación del Jayy desde Yazrib, una ciudad a más de doscientas millas, que desde ese entonces se convirtió en 'la ciudad' famosa por excelencia de Al Medina. Yazrib era afortunada por su ubicación en un placentero oasis, famoso incluso hoy por la excelencia de sus dátiles, pero desafortunada en otros sentidos. El oasis había sido escenario de disputas tribales incesantes. Los judíos luchando con judíos y árabes con árabes; árabes aliados con judíos combatían a judíos aliados con diferentes comunidades judías. Mientras que La Meca prosperaba, Yazrib vivía en la desgracia. Necesitaba un líder capaz de unificarlos.

En Yazrib había tribus judías con rabinos experimentados, quienes a menudo hablaban a los paganos de un Profeta que llegaría pronto, y cuando llegara, los judíos destruirían a los árabes como las tribus de 'Aad y Zamud habían sido destruidas por su idolatría.

El Profeta Mujámmad, que la paz y las bendiciones de Dios sean con él, en la época de su llamado visitaba en secreto diferentes tribus en las afueras de La Meca, para llevarles el mensaje del Islam. Una vez escuchó a un grupo de hombres en Ácaba, a las afueras de La Meca, y les pidió sentarse con ellos, a lo que aceptaron con agrado. Cuando los hombres de la tribu de Jazray de Yazrib escucharon lo que Mujámmad tenía para decir, lo reconocieron como el Profeta que los judíos describían, y los seis hombres lo aceptaron. También tenían esperanzas de que Mujámmad, a través de esta nueva religión, pudiera ser el hombre que los uniera con su tribu hermana, los Aws, una tribu en Yazrib con la que compartían sus ancestros, pero con la

que llevaban años de guerra y animosidad. Entonces determinaron regresar a Yazrib y difundir la religión de Mujámmad. Como resultado, no existió un hogar en Yazrib que no hubiera escuchado sobre el mensaje del Islam, y en la siguiente temporada de peregrinación, en el año 621, llegó una delegación de Yazrib con el propósito de conocer al Profeta.

Primer pacto de Ácaba

Esta delegación estaba compuesta por doce hombres, cinco de ellos presentes en el año anterior y dos miembros de Aws. Se encontraron nuevamente con el Profeta en Ácaba y juraron por sus propios nombres y por los de sus esposas, no asociar otra creación con Dios (convertirse en musulmanes), ni robar ni cometer adulterio ni matar bebés, incluso en la más profunda pobreza; y se comprometieron a obedecer a este hombre en todos los asuntos justos. Esto es conocido como el Primer Pacto de Ácaba. Cuando regresaron a Yazrib, el profeta envió con ellos al primer embajador, Musab ibn Umair, para enseñarles a los nuevos conversos las bases de la fe y difundir la religión a aquellos que todavía no habían abrazado el Islam.

Musab predicó el mensaje del Islam hasta que casi todas las familias en Yazrib tuvieron un miembro musulmán entre ellas, y antes del Jayy del siguiente año, 622, Musab regresó con el Profeta y le contó las buenas noticias de su misión, y de la bondad y la fuerza de Yazrib y de su gente.

Segundo pacto de Ácaba

En el año 622 e. c., los peregrinos de Yazrib, setenta y cinco de ellos musulmanes y entre ellos dos mujeres, fueron a realizar el Jayy. Durante la última parte de la noche, mientras estaban todos dormidos, los musulmanes de entre los peregrinos de Yazrib fueron en secreto al lugar donde habían arreglado previamente encontrarse con el Profeta, en las piedras de Ácaba, para prometer aliarse con el Profeta e invitarlo a su ciudad. En Ácaba conocieron al Profeta, y con él se encontraba su tío, que todavía era pagano, pero defendía a su sobrino por su lazo familiar. Les Habló a los musulmanes y les advirtió sobre los riesgos de su tarea, así como de no romper su compromiso si

decidían tomarlo. Uno de los peregrinos, que había estado presente dos años atrás, se levantó y le dijo que ellos sabían de los peligros de tomar dicho compromiso, y que estaban preparados para asumirlo. En su determinación y amor por el Profeta, juraron defenderlo como si fueran a defender a sus propios hijos y esposas. Entonces, fue decidida la emigración a Yazrib.

Esto es conocido como el Pacto de Guerra, porque involucraba la protección de la persona del Profeta por las armas si fuera necesario, e inmediatamente después de la emigración a Yazrib, fueron revelados los versículos coránicos que permitían la guerra en defensa de la religión. Estos versículos son cruciales en la historia del Islam:

“Se les ha permitido [combatir a los creyentes] que son atacados porque son víctimas de una injusticia. Dios tiene el poder para socorrerlos. Ellos fueron expulsados injustamente de sus hogares solo por haber dicho: ‘Nuestro Señor es Dios’. Si Dios no se hubiera servido de algunas personas [creyentes] para combatir a otras [incrédulos], se habrían destruido monasterios, iglesias, sinagogas y mezquitas, en donde se recuerda frecuentemente el nombre de Dios...” (Corán 22:39-40)

Esta autorización a la defensa fue un punto de cambio que les llegó al Profeta Mujámmad, a los musulmanes y al mundo. Era el destino del Profeta Mujámmad y un aspecto para su función profética. Luego debería demostrar las alternativas abiertas a la persecución y la opresión; por un lado, la abstención; por el otro, lo que llaman los cristianos ‘guerra justa’, y sobre lo cual fue revelado posteriormente:

“Los derrotaron con el permiso de Dios y David mató a Goliat. Dios le concedió [a David] el reino y la sabiduría, y le enseñó cuanto Él quiso. Si Dios no hubiera permitido que la gente se defendiera, la Tierra estaría llena de corrupción, pero Dios concede Sus gracias a todos los seres”. (Corán 2:251)

Por casi trece años, Mujámmad y sus seguidores sufrieron la persecución, amenazas e insultos sin levantar la mano en defensa propia. Ya habían probado que esto era humanamente posible. Las circunstancias estaban cambiando ahora y mostraban una respuesta muy diferente si la religión del Islam iba a sobrevivir en el mundo. La paz tiene sus épocas, pero también la guerra, y el musulmán nunca olvida que cada hombre nace para luchar de una forma u otra, en un nivel u otro; si no es físicamente, entonces espiritualmente. Aquellos que tratan de ignorar este hecho son, tarde o temprano, esclavizados.

Complot para asesinar al Profeta

En pequeños grupos, los musulmanes escaparon de La Meca y tomaron el camino hacia Yazrib. La Hégira (emigración, en árabe *hiyra*) había comenzado.

Para los curaichitas los límites de lo soportable habían sido sobrepasados. Tener a los enemigos dentro de la ciudad era lo suficientemente malo, pero ahora estos enemigos estaban estableciendo un centro rival al norte. Con la muerte de Abu Tálib había desaparecido la protección de Mujámmad. Contenidos hasta ahora por principios heredados de sus antepasados beduinos y por miedo a causar una problemática pelea de sangre, los líderes decidieron finalmente que Mujámmad, que la paz y las bendiciones de Dios sean con él, debía morir. Abu Yahl propuso un plan simple: Se elegirían jóvenes de diferentes clanes y cada uno de ellos daría un golpe mortal, para que la muerte de Mujámmad fuera culpa de todos ellos. Los hachemís no podrían buscar venganza de todos los demás clanes.



LOS AÑOS EN MEDINA



La Hégira (23 de septiembre de 622 e. c.)

Mientras tanto, el Profeta, rodeado de unos pocos íntimos, había estado esperando la orden divina para unirse a otros musulmanes en Yazrib. No era libre para emigrar hasta que recibiera la orden. Le entregó su ropa a Ali, pidiéndole que se acostara en la cama para que cualquiera que lo viera pensara que él estaba allí. Los asesinos lo atacarían al salir del hogar, fuera de día o de noche. Sabía que no lastimarían a Ali. Los asesinos ya estaban rodeando su hogar cuando el Profeta Mujámmad salió sin que nadie lo viera. Se dirigió a la casa de Abu Báker y lo llamó, y los dos se fueron juntos a una caverna en el desierto, donde se escondieron hasta que el revuelo pasó. El hijo y la hija de Abu Báker y su arreador le llevaron comida y ropaje al caer la noche. En un momento, un grupo de búsqueda llegó tan cerca del lugar del escondite que pudieron escuchar sus voces. Abu Báker tuvo miedo y dijo: “¡Mensajero de Dios, si uno de ellos hubiera mirado hacia sus pies nos habría visto!” El Profeta le respondió:

“¿Qué piensas de dos cuyo tercero es Dios? No temas, de hecho, Dios está con nosotros”. (*Bujari*)

Cuando el grupo de búsqueda estuvo lejos de su presencia, Abu Báker hizo traer a los camellos y al guía a la cueva esa misma noche, y partieron en un largo camino hacia Yazrib.

Después de viajar por muchos días por caminos no frecuentados, los fugitivos llegaron a un suburbio de Yazrib llamado Cubáa donde, semanas antes, la gente había oído que el Profeta había dejado La Meca, y por esta razón cada mañana partían a las colinas, esperando por el Profeta hasta que el calor los hacía volver a sus hogares. Los viajeros llegaron con el calor del día, cuando los vigilantes ya se habían retirado. Un judío que estaba fuera los vio acercarse y les dijo a los musulmanes que al fin había llegado el que estaban esperando, y los musulmanes se dirigieron a las colinas para recibirlo.

El Profeta permaneció en Cubáa unos días, y allí construyó la primera mezquita del Islam. En ese momento Ali, que había dejado La Meca a pie tres días después que el Profeta, también llegó. El Profeta, sus compañeros de La Meca y los ‘ayudantes’ de Cubáa lo llevaron a Medina, donde esperaban ansiosamente su llegada.

Los habitantes de Medina nunca vieron un día más brillante en sus vidas. Anas, un compañero muy cercano del Profeta, dijo:

“Yo presencié el día en que ingresó a Medina y nunca vi un día mejor o más brillante que ese, y estuve presente el día que murió, y nunca vi un día peor o más oscuro que el día en el que murió”. (*Áhmad*)

Toda casa en Medina hubiera querido que el Profeta estuviera con ellos, y algunos intentaron llevar su camella a sus hogares. El Profeta los detuvo y les dijo:

“Déjenla, ya que ella está bajo las órdenes (divinas)”.

Pasó varias casas hasta que se detuvo y se arrodilló en tierra de Banu Nayar. El profeta no descendió hasta que la camella no se levantó, luego giró y volvió a su lugar para volver a arrodillarse allí nuevamente. Fue allí cuando el profeta descendió de ella. Estaba satisfecho con su decisión, porque Banu Nayar eran familiares maternos, y también deseaba honrarlos a ellos. Cuando los individuos de su familia lo solicitaron en sus hogares, un tal Abu Ayub se detuvo para proteger su silla de montar y la llevó adentro. El Profeta dijo:

“Un hombre va con su silla de montar”. (*Bujari, Múslim*)

La primera tarea en Medina fue la de construir una Mezquita. El Profeta, que la paz y las bendiciones de Dios sean con él, mandó a buscar a dos niños dueños del negocio de dátiles y les preguntó el precio de la tierra. Ellos respondieron: “¡Nada, te la regalaremos, Profeta de Dios!” El Profeta, que la paz y las bendiciones de Dios sean con él, se rehusó a aceptarla, les pagó su precio y construyó allí una mezquita; él mismo se encargó de su construcción. Al trabajar, se le escuchó decir:

“¡Oh, Dios! No hay más bondad excepto por la del Más Allá, por lo tanto, perdona a los Ayudantes y a los Emigrantes”. (*Bujari*)

La mezquita sirvió como lugar de adoración para los musulmanes. La oración que era antes un acto desarrollado individualmente se convirtió en un asunto público, algo que caracteriza a la sociedad musulmana. El periodo en el cual los musulmanes y el Islam habían sido oprimidos había terminado, ahora el adhán, la llamada a la oración, sería en voz alta, retumbando y penetrando las paredes de cada casa, llamando y recordando a los musulmanes el cumplimiento de la obligación con su Creador. La mezquita era un símbolo de la sociedad islámica. Era un lugar de adoración, una escuela donde los musulmanes se iluminarían a sí mismos con respecto a las verdades de la religión, un lugar de encuentro donde las diferencias serían resueltas, y un edificio de administración donde todos los asuntos concernientes a la sociedad emanarían; un verdadero ejemplo de cómo el Islam incorpora todos los aspectos de la vida en la religión. Todas estas tareas eran llevadas a cabo en un lugar construido con troncos de palmeras datileras y techos de palmas.

Cuando se completó la primera y más importante tarea, construyó casas en los dos lados de la mezquita para su familia, también de los mismos materiales. La Mezquita del Profeta y su casa en Medina todavía se encuentran en el mismo lugar.

La Hégira había sido completada. Era el 23 de septiembre de 622, y la era islámica, el calendario musulmán, comienza el día en que se llevó a cabo este evento. Desde este día en adelante, Yazrib tuvo un nuevo nombre, un nombre de gloria: *Madinat un Nabí*, la ciudad del Profeta, en breve, Medina.

Tal fue la Hégira, la emigración de La Meca a Yazrib. Los trece años de humillación, de persecución y de éxito limitado habían terminado.

Los diez años de éxito, los más completos que un hombre hubiera podido desear, habían comenzado. La Hégira hace una clara división en la historia de la misión del Profeta, que es evidente en el Corán. Hasta ese momento él solo había sido un predicador. Desde ese momento en adelante era el gobernador de un estado, al principio uno pequeño, pero que creció en diez años para convertirse en el imperio de Arabia. El estilo de orientación que necesitaban él y su gente después de la Hégira no era el mismo de antes. Los capítulos coránicos de Medina difieren, por lo tanto, de los mecanos. Ahora brindaban orientación a una comunidad política y social en crecimiento y al Profeta como ejemplo, gobernante y reformador.

La comida principal del Profeta Mujámmad era generalmente una gacha hervida, con dátiles y agua, pero con frecuencia pasaba hambre, algunas veces incluso se colocaba una piedra plana en su estómago para alivianar su dolor. Un día una mujer le dio un abrigo, algo que necesitaba mucho, pero esa misma tarde alguien se lo pidió para envolverse y rápidamente se lo entregó. Los que tenían le traían comida, pero nunca la probaba, siempre había alguien con más necesidad que él. Con muy poca fuerza física, y con cincuenta y dos años de edad, luchaba para construir una nación basada en la verdadera religión del Islam, con la gran variedad de personas que Dios le había dado como materia prima.

Gracias a su carácter y a sus extraordinarias habilidades diplomáticas, el Profeta Mujámmad comenzó a reconciliar las facciones enfrentadas de Medina. Con sus demás compañeros emigrando, un sistema de apoyo para los nuevos era esencialmente importante. Para unir a los ‘emigrantes’ (*muhayirún*) con los musulmanes locales, los ‘ayudantes’ (*ansar*), estableció un sistema de relaciones personales: cada ‘ayudante’ tomó a un ‘emigrante’ como hermano, para tratarlo como tal bajo todas las circunstancias y para ser herederos junto a la familia natural. Con muy pocas excepciones, los ‘emigrantes’ habían perdido todo lo que poseían y dependían enteramente de sus nuevos hermanos. Los ‘ayudantes’ algunas veces llegaban al punto de entregarles a sus hermanos la mitad de sus posesiones en casas, bienes y tierras. Tal era el entusiasmo de los ‘ayudantes’ por compartir todo con sus hermanos de fe, que dividieron todo en dos partes y armaron lotes para guardar sus partes. En la mayoría de los casos, intentaban dar a los emigrantes la mejor porción de su propiedad.

Uno se tienta por describir como un ‘milagro’ el hecho de que la situación parece no haber causado resentimiento alguno entre aquellos que estaban de golpe obligados a tomar a completos extraños como parte de su familia. El lazo de hermandad rompió todos los lazos de ascendencia, color, nacionalidad y otros factores previamente considerados como estandarte de honor. Los únicos lazos que importaban ahora eran los religiosos. Raras veces la fe religiosa tuvo el poder de cambiar tanto al hombre.

Los musulmanes mecánicos, sin embargo, no habían olvidado sus viejas características. Cuando a un ‘emigrante’ su nuevo hermano le dijo: “¡Oh, el más pobre de los pobres!, ¿cómo puedo ayudarte? Mi casa y mis fondos están a tu disposición”, le respondió: “¡Oh, el amigo más bueno de entre los más buenos!, solo muéstrame el camino

hacia el mercado local. El resto se cuidará solo”. Se dice que este hombre comenzó vendiendo queso y manteca, y pronto se volvió lo suficientemente rico como para pagar la dote de una joven local y, en su debido momento, pudo equipar una caravana de 700 camellos.

Tal empresa fue alentada, pero también había quienes no tenían la habilidad de hacerlo porque no tenían familia ni propiedades. Pasaban el día en la mezquita, y por la noche el Profeta los ubicaba con varios individuos de los ‘ayudantes’. Se hicieron conocidos como *ahl us sufa*. Algunos eran alimentados por el Profeta mismo, cuando había algo para compartir, y con cebada cocida del fondo comunitario.

En el primer año de su gobierno en Yazrib, el Profeta hizo un pacto solemne de obligación mutua entre su gente y las tribus judías de Medina y sus alrededores, en la cual decidieron tener un estado igualitario para todos como ciudadanos y la completa libertad religiosa, y que cada uno defendería al otro si era atacado.

Pero la idea de un Profeta era la de alguien que pudiera darles poder, y un profeta judío, no uno árabe. Los judíos se habían beneficiado mucho de las peleas entre las tribus árabes, como también de la inestabilidad de la región, y habían ganado en comercio y bienes. La paz entre las tribus de Medina y sus alrededores era una amenaza para los judíos.

También, entre los habitantes de Medina estaban aquellos que sentían resentimiento hacia los recién llegados, pero sostuvieron su paz por mucho tiempo. El más poderoso, Abdul-lah ibn Ubay ibn Salul, estaba extremadamente resentido con la llegada del Profeta, porque él era el antiguo líder de Yazrib antes del Profeta, así que aceptó el Islam como un asunto de formalidad, aunque más tarde traicionó a los musulmanes como el líder de los ‘hipócritas’.

Debido a su odio por el Profeta, los musulmanes y el nuevo estado de los asuntos de Yazrib, la alianza entre los judíos y los ‘hipócritas’ de Medina fue casi inevitable. A lo largo de la historia de los musulmanes en Medina, intentaron seducir a los seguidores de la nueva religión, complotando constantemente y planeando en contra de ellos. Por esta razón, se menciona frecuentemente a los judíos y a los hipócritas en los capítulos coránicos revelados en Medina.

La Quibla

La Quibla (es la dirección hacia donde se orientan los musulmanes para rezar) hasta ese entonces había sido Jerusalén. Los judíos

imaginaron que esto implicaba apoyarse en el Judaísmo y que el Profeta los necesitaba para su instrucción. El Profeta quería que la Quibla fuera cambiada a la Kaba, el primer lugar en la Tierra construido para la adoración de Dios, y construido por Abraham. En el segundo año después de la emigración, el Profeta recibió la orden de cambiar la Quibla de Jerusalén a la Kaba en La Meca. Una porción entera de la *sura al bákara* (capítulo de la vaca, el segundo capítulo del Corán) relata esta controversia con los judíos.

Las primeras expediciones

La primera preocupación del Profeta como gobernador fue la de establecer la adoración pública y establecer la constitución del Estado, pero no olvidó que Curaich había jurado terminar con esta religión. Enfurecidos por el éxito del Profeta en la emigración a Medina, los curaichitas incrementaron su tortura y persecución de los musulmanes que permanecieron en La Meca. Tampoco se detuvieron sus planes diabólicos. Intentaron hacer alianzas secretas con algunos politeístas de Medina, como Abdul-lah ibn Ubay, ya mencionado, ordenándole matar o expulsar al Profeta. Curaich a menudo enviaba mensajes amenazantes a los musulmanes de Medina advirtiéndoles de su aniquilación, y le llegaron al Profeta tantas noticias acerca de los complots y planes de los politeístas, que él mismo pidió guardias de seguridad cerca de su hogar. Fue en este momento que Dios le dio permiso de armarse en contra de los incrédulos.

Durante catorce años fueron estrictos pacifistas. Luego, sin embargo, fueron enviadas pequeñas expediciones, lideradas por el Profeta mismo o algunos otros de los emigrantes de La Meca, con el propósito de reconocer las rutas que llevaban a La Meca, así como también para formar alianzas con otras tribus. Otras expediciones fueron guiadas con el propósito de interceptar algunas caravanas que regresaban desde Siria en la ruta hacia La Meca, una manera de los musulmanes para presionar económicamente a Curaich a fin de que abandonara la persecución de los musulmanes en La Meca y en Medina. Pocas de estas expediciones llegaron a tener enfrentamientos, pero a través de ellas, los musulmanes establecieron su nueva posición en la Península Árabe, mostrando que ya no eran oprimidos ni débiles, sino que sus fuerzas habían crecido y eran ahora una fuerza a tener en cuenta.

La campaña de Báder

En una expedición, la caravana curaichita en ruta a Siria había escapado de los musulmanes, así que estos esperaban su regreso. Algunos exploradores de los musulmanes vieron que la caravana, dirigida por el mismo Abu Sufián, pasó delante de ellos, e informaron de inmediato al Profeta de su tamaño. Supieron que, si dicha caravana fuera interceptada, ello tendría un impacto económico de gran medida, uno que sacudiría la sociedad entera de los mecanos. Los exploradores musulmanes informaron que la caravana estaría en los pozos de Báder, y los musulmanes se prepararon para interceptarla.

Le llegaron noticias de esto a Abu Sufián en su viaje hacia el sur, y él envió un mensaje urgente a La Meca pidiendo que un ejército fuera despachado para enfrentar a los musulmanes. Temiendo las catastróficas consecuencias de que la caravana fuera interceptada, los curaichitas reunieron de inmediato la mayor cantidad de poder posible y partieron al encuentro de los musulmanes. En camino a Báder, el ejército recibió las noticias de que Abu Sufián había conseguido eludir a los musulmanes conduciendo la caravana por una ruta alternativa junto a la orilla. El ejército mecano, con unos mil hombres, se dirigió a Báder para darles una lección a los musulmanes, a fin de disuadirlos de atacar a las caravanas en el futuro.

Cuando los musulmanes se enteraron del avance del ejército mecano, supieron que debían atreverse a dar un paso osado en el asunto. Si los musulmanes no los enfrentaban en Báder, los mecanos continuarían minando la causa del Islam con todas sus habilidades, posiblemente atacando Medina, profanando las propiedades y las personas que allí se encontraban. El Profeta, que la paz y las bendiciones de Dios sean con él, realizó una reunión de consejo para determinar las acciones a llevarse a cabo. El Profeta no quiso liderar a los musulmanes, especialmente a los ‘ayudantes’ quienes eran la gran mayoría del ejército y no estaban siquiera atados al compromiso de Ácaba a pelear por sus territorios, por algo en lo que no estaban de acuerdo.

Un hombre de los ‘ayudantes’, Sad ibn Muad, reafirmó su devoción al Profeta y la causa del Islam. Sus palabras fueron las siguientes:

“¡Profeta de Dios! Creemos en ti y somos testigos de lo que has arriesgado por nosotros, y declaramos en términos inequívocos que lo que nos ha llegado es la Verdad. Te damos nuestro juramento de obediencia y sacrificio. Obedecemos deseosamente cualquier orden,

y por Dios, Quien te ha enviado con la Verdad, si nos pidieras que nos sumergiéramos en el mar, lo haríamos de inmediato, y ninguno de nosotros se quedaría detrás. No renegamos de la idea de encontrarnos con el enemigo. Tenemos experiencia en la guerra y somos confiables en el combate. Esperamos que Dios te demuestre a través de nuestras manos aquellos actos de valor que Él valorará. Bondadosamente guíanos al campo de batalla en el Nombre de Dios”.

Después de esta muestra de extremo soporte y amor por el Profeta y el Islam de parte de los ‘emigrantes’ y los ‘ayudantes’, los musulmanes, con un número cercano a 300, se dirigieron como pudieron a Báder. Tenían solo setenta camellos y tres caballos con ellos, por lo tanto, los hombres cabalgaban por turnos. Se adelantaban a lo que es conocido en la historia como al yawm al furcán, el día del criterio: el criterio entre la luz y la oscuridad, el bien y el mal, lo correcto y lo equivocado.

Antes del día de la batalla, el Profeta pasó toda la noche en oración y súplica. La batalla fue peleada el 17 de ramadán del segundo año de la Hégira, 624 e. c. Era costumbre para los árabes comenzar las batallas con duelos individuales. Los musulmanes ganaron una ventaja en los duelos, y algunos notorios de Curaich cayeron derrotados. Los curaichitas enfurecieron se dirigieron a los musulmanes para exterminarlos de una vez por todas. Los musulmanes mantuvieron una posición defensiva estratégica, que en turnos produjo muchas pérdidas para los mecanos. El Profeta rogaba a Dios con todo su poder en este momento, extendiendo sus manos tan altas que su traje cayó hasta sus hombros. En ese momento, recibió una revelación que prometía la ayuda de Dios:

“...Los auxiliaré con mil ángeles que descenderán uno tras otro”. (Corán 8:9)

Al oír las buenas noticias, el Profeta les ordenó a los musulmanes que tomaran la ofensiva. El gran ejército de Curaich estaba abrumado por el entusiasmo, valor y fe de los musulmanes, y después de enfrentar grandes pérdidas, no pudo hacer nada más que escapar. Los musulmanes fueron abandonados en el campo con algunos mecanos caídos, entre ellos el archienemigo del Islam Abu Yahl. Curaich fue derrotado y Abu Yahl había muerto. La promesa de Dios se hizo realidad:

“Pero todos ellos serán vencidos y huirán”. (Corán 54:45)

En una de las batallas más decisivas en la historia humana, las bajas totales se encontraban solamente entre setenta y ochenta.

La Meca estaba conmocionada y Abu Sufián fue dispuesto como figura dominante en la ciudad; él sabía más que nadie que el asunto

no podía quedar así, pues el éxito respira éxito, y el triunfo de los musulmanes hizo que las tribus beduinas, siempre en búsqueda del balance del poder, se inclinarán hacia la alianza con los musulmanes, y así el Islam ganó muchas conversiones en Medina.

La batalla en el monte Újud

De hecho, al año siguiente un ejército de tres mil hombres llegó desde La Meca para destruir Medina. La primera idea del Profeta fue meramente defender la ciudad, un plan aprobado por Ibn Ubay, el líder de los 'hipócritas'. Pero los hombres que lucharon en Báder, creyendo que Dios los ayudaría a pesar de todos los pronósticos, pensaban que era algo lamentable que tuvieran que quedarse tras los muros.

El Profeta, de acuerdo con su fe y entusiasmo, les cedió paso, y partieron con un ejército de mil hombres hacia el monte Újud, donde acampó el ejército. Pero estando allí, Ibn Ubay se retiró con sus hombres, que eran un tercio del ejército. A pesar de todos los pronósticos, la batalla en el monte Újud hubiera sido una victoria mayor que la de Báder para los musulmanes, de no haber sido por la desobediencia del grupo de cincuenta arqueros que el Profeta había colocado para cuidar el paso de la caballería del enemigo. Viendo a sus compañeros victoriosos, los hombres dejaron sus puestos, temiendo perder su parte en el reparto del botín. La caballería de Curaich se dirigió al lugar y cayó sobre los musulmanes. El Profeta mismo fue herido y se dijo que había sido asesinado, hasta que lo reconocieron y se dieron cuenta de que estaba vivo, con lo cual todos se unieron. Reunidos alrededor del Profeta, se retiraron, dejando a los hombres muertos en la colina. El campo pertenecía a los mecanos, y ahora las mujeres curaichitas se movían entre los cuerpos, lamentando sus muertos y mutilando a los muertos musulmanes. Jamza, el joven tío del profeta y amigo de la infancia, estaba entre los últimos, y la abominable Hind, esposa de Abu Sufián, quien cargaba un rencor particular contra Jamza y había ofrecido una recompensa al hombre que lo matara, masticó su hígado, arrancado de su cuerpo todavía caliente. Al día siguiente, el Profeta nuevamente marchó con lo que quedaba del ejército, pues los curaichitas podrían oír que él estaba en el campo de batalla y tal vez así les impediría que atacaran la ciudad. La estrategia fue exitosa, gracias al comportamiento de un beduino amigable que encontró a los musulmanes, conversó con ellos y luego se encontró con el ejército

de Curaich. Cuestionó a Abu Sufián, le dijo que Mujámmad se encontraba en el campo más fuerte que nunca, y con sed de revancha por el día anterior. A causa de esa información, Abu Sufián decidió regresar a La Meca.

Masacre de los musulmanes

La derrota que sufrieron en el monte Újud disminuyó el prestigio ante las tribus árabes y también ante los judíos de Medina. Tribus que se habían inclinado hacia los musulmanes se inclinaban ahora hacia los curaichitas. Los seguidores del Profeta fueron atacados y asesinados cuando salían en grupos pequeños. Jubuib, uno de sus enviados, fue capturado por una tribu y vendido a Curaich, quienes lo torturaron hasta la muerte ante la gente de La Meca.

Expulsión de Bani Nadir

Los judíos, a pesar de su pacto con los musulmanes, casi nunca ocultaban su hostilidad. Comenzaron a negociar alianzas con Curaich y los ‘hipócritas’, y hasta intentaron asesinar al Profeta. El Profeta se vio obligado a realizar actos punitivos en contra de algunos de ellos. La tribu de Bani Nadir fue asediada en sus fuertes torres, sometida y obligada a emigrar.

La batalla del foso

Abu Sufián debió haber entendido que el antiguo juego de pagar con la misma moneda ya no era válido. O los musulmanes eran destruidos o el juego se perdía para siempre. Con grandes destrezas diplomáticas, partió formando una confederación de tribus beduinas. Algunas, sin lugar a dudas, se oponían a los musulmanes, pero otras solo querían el botín. Al mismo tiempo, Abu Sufián comenzó silenciosamente a sondear a los judíos en Medina, buscando una posible alianza. En el quinto año de la Hégira (627 e. c.) partió con 10.000 hombres, el ejército más grande jamás visto en la región occidental de la Península árabe. Medina pudo reunir unos 3.000 hombres para oponerse a dicho ejército.

El Profeta presidió un consejo de guerra, y esta vez nadie sugirió salir a encontrarse con el enemigo. La pregunta era cómo la ciudad podría ser defendida de la mejor manera. A esta altura, Salmán el persa, un antiguo esclavo que se había convertido en uno de los compañeros más cercanos, sugirió que se excavara un foso para unir los puntos defensivos más fuertes formados por los campos de lava y las fortificaciones. Esto era algo que no se escuchaba a menudo en Arabia, pero el Profeta apreció de inmediato los méritos del plan y el trabajo comenzó de inmediato, él mismo acarreó escombros sobre su espalda.

El trabajo estuvo casi terminado cuando el ejército de los aliados apareció en el horizonte. Mientras los musulmanes esperaban el asalto, llegaron noticias de Bani Curaida, una tribu judía de Medina que, hasta ese momento, había sido leal. La noticia era que se había aliado con el enemigo. El caso parecía apremiante. El Profeta llevó a cada hombre disponible al pozo, dejando a la ciudad misma bajo el comando de un compañero ciego. Esperaron al enemigo con una lluvia de flechas al llegar al inesperado obstáculo. Nunca lo cruzaron, pero permanecieron en posición por tres o cuatro semanas, intercambiando flechas e insultando a los defensores. El tiempo se volvió severo, con vientos helados y aguaceros tremendos, y esto fue demasiado para los árabes aliados. Esperaban botines fáciles y vieron que nada ganarían escondiéndose tras un pozo embarrado bajo el agua, mientras sus animales morían por falta de forraje. Se retiraron, para pesar de Abu Sufián. El ejército se desintegró y él mismo fue forzado a retirarse. El juego había terminado. Había perdido.

Castigo de Bani Curaida

Nada es peor, a los ojos de un árabe, que la traición de la confianza y el rompimiento de una promesa solemne. Era ahora el momento de tratar con Bani Curaida. El día del regreso desde el foso, el Profeta ordenó un ataque contra la tribu traicionera Bani Curaida que, consciente de su culpa, ya se había retirado a su torre de refugio. Después de un sitio de casi un mes, tuvieron que rendirse incondicionalmente. Solo rogaron ser juzgados por un miembro de la tribu árabe a la cual pertenecían. Eligieron la cabeza del clan a la cual habían pertenecido por mucho tiempo, Sad ibn Muad de Aws, quien estaba muriendo por las heridas que había recibido en Újud y debía ser llevado en andas al juicio. Sin dudar, condenó a la tribu por traición.

Judaibiya

El mismo año, el Profeta tuvo una visión en la cual se veía a sí mismo ingresando en La Meca sin impedimentos, así que determinó intentar la peregrinación. Aparte del número de musulmanes de Medina, llamó a los árabes amistosos a acompañarlo, cuyo número se había incrementado desde la incomodidad de los clanes en la Batalla del foso, pero la mayoría de ellos no respondió. Vestidos como peregrinos, y llevándose con ellos las acostumbradas ofrendas, un grupo de mil cuatrocientos hombres viajaron a La Meca. Al acercarse al valle se encontraron con un amigo de la ciudad, quien le advirtió al Profeta que los curaichitas habían jurado impedir su entrada al santuario; un calvario les esperaba en el camino. Por eso, el Profeta ordenó un desvío a través de las montañas, por lo que los musulmanes estuvieron exhaustos al llegar al último valle de La Meca y acamparon en un lugar llamado Judaibiya. Desde ese momento, el Profeta intentó abrir las negociaciones con Curaich, para explicar que él solo iba como peregrino. El primer mensajero que envió a la ciudad fue maltratado y su camello lastimado. Regresó sin haber podido hacer llegar su mensaje. Curaich, por otro lado, envió a un enviado amenazante y muy arrogante. Otro de los enviados era muy tosco en su manera de hablarle al Profeta, y se le debió recordar con severidad el respeto debido al Profeta. Fue él quien consecuentemente dijo, al regresar a la ciudad de La Meca: “He visto al César y Cosroes en sus cortes, pero nunca vi a un hombre tan respetado por sus seguidores”.

El Profeta trató de enviar a algunos mensajeros que impusieran respeto mutuo. Uzmán fue finalmente elegido por el parentesco con la familia Omeya. Mientras los musulmanes esperaban su regreso, llegaron noticias de que había sido asesinado. Fue entonces que el Profeta, sentado debajo de un árbol en Judaibiya, hizo jurar a todos sus compañeros que triunfarían o serían derrotados todos juntos. Después de un tiempo, sin embargo, se conoció que Uzmán no había sido asesinado sino apresado. Luego, una tropa salida de la ciudad para molestar a los musulmanes en su campamento fue capturada antes de que pudieran hacer daño alguno y los llevaron ante el Profeta, quien los perdonó bajo la promesa de renunciar a la hostilidad.

El Pacto de Judaibiya

Eventualmente, llegaron los enviados adecuados de Curaich. Después de la negociación, fue firmada la tregua de Judaibiya. Estipulaba que por diez años no habría hostilidades entre ellos. El Profeta debía regresar a Medina sin visitar la Kaba, pero pudiendo realizar la peregrinación con sus compañeros al año siguiente. Curaich prometió evacuar La Meca para permitirle realizar su peregrinación. Los curaichitas desertores que llegaran a Medina durante el período de la tregua deberían ser regresados; no así los desertores de los musulmanes que llegaran a La Meca. Cualquier tribu y clan que deseara aliarse al Profeta lo podría hacer. Hubo consternación entre los musulmanes al oír estos términos. Se preguntaron a sí mismos: “¿Dónde se encuentra la victoria que nos fue prometida?”

Durante el regreso desde Judaibiya fue revelado el capítulo coránico titulado “La victoria”. Se probó, de hecho, que la tregua fue la victoria más grandiosa que los musulmanes pudieron lograr. La guerra había sido una barrera entre ellos y los idólatras, pero ahora las dos partes podían encontrarse y dialogar, y la nueva religión se difundió rápidamente. En los dos años que siguieron entre el tratado y la caída de La Meca el número de conversiones fue mayor que el número total de conversiones previas. El Profeta viajó a Judaibiya con mil cuatrocientos hombres. Dos años más tarde, cuando los mecanos rompieron la tregua, marchó contra ellos con un ejército de 10.000 hombres.

La campaña de Jáibar

En el séptimo año de la Hégira del Profeta, que Dios lo bendiga, se llevó a cabo una campaña en contra de Jáibar, la fortaleza de las tribus judías en el norte de Arabia, que se habían convertido en un nido para sus enemigos. Los judíos de Jáibar se habían convertido en inquilinos de los musulmanes. Fue en Jáibar que una judía preparó carne envenenada para el Profeta, de la cual solo probó un bocado. En el momento en que el bocado tocó sus labios él se dio cuenta de que estaba envenenado. Sin tragarlo, les advirtió a sus compañeros del veneno, pero un musulmán, que ya había tragado un bocado, murió más tarde.

Peregrinación a La Meca

El mismo año se cumplió la visión del Profeta: él visitó La Meca sin oposición. De acuerdo a los términos de la tregua, los idólatras evacuaron la ciudad, y desde las alturas de los alrededores vieron la llegada de los musulmanes.

La tregua anulada por Curaich

Un poco más tarde, una tribu aliada de Curaich rompió la tregua atacando a una tribu aliada con el Profeta y masacrándolos en el santuario de La Meca. Después de eso, los curaichitas tuvieron miedo por lo que había sucedido. Enviaron a Abu Sufián a Medina para consultar si el tratado existente podía ser renovado, y prolongado su término. Ellos esperaban llegar antes que la noticia de la masacre. Pero un mensajero de la tribu atacada llegó antes y Abu Sufián falló nuevamente en su misiva.



LA VICTORIA DEL ISLAM



La conquista de La Meca

Luego el Profeta se sumó a todos los musulmanes capaces de llevar armas y marcharon hacia La Meca. Curaich se sintió intimidado. La caballería hizo una demostración ante la ciudad, pero ingresó en la ciudad sin derramar sangre, y el Profeta entró a su ciudad nativa como libertador.

Los habitantes esperaban una venganza por sus deudas pasadas, pero el Profeta proclamó una amnistía general. Para su alivio y sorpresa, toda la población de La Meca juró lealtad. El Profeta ordenó que todos los ídolos que se encontraban en el santuario sagrado fueran destruidos, diciendo: “Ha llegado la verdad y la oscuridad ha desaparecido”, y los musulmanes llamaron a la oración en La Meca.

Batalla de Junain

El mismo año hubo una reunión de tribus paganas molestas, con sed de volver a conquistar la Kaba. Entonces, el Profeta dirigió doce mil hombres en su contra. En Junain, en un profundo barranco, sus tropas fueron emboscadas por el enemigo. Con dificultad se unieron al Profeta y sus fieles seguidores que resistieron. Pero la victoria, cuando llegó, fue completa y el botín enorme, ya que muchas de las tribus hostiles llevaban con ellas todo lo que poseían.

Conquista de Taif

La Tribu de Zaquif se encontraba entre los enemigos en Junain. Después de la victoria, su ciudad de Taif fue sitiada por los musulmanes y, finalmente, reducida. El Profeta designó para la ciudad un gobernador de La Meca, y regresó a Medina para alegría de sus habitantes, quienes temían que, ahora que había vuelto a su ciudad nativa, los abandonara y convirtiera a La Meca en la capital del estado musulmán.

La expedición a Tabuk

En el noveno año de la Hégira, escuchando que un ejército se encontraba nuevamente en Siria, el Profeta convocó a todos los musulmanes para que se reportaran para una gran campaña. A pesar de su dolencia, el Profeta dirigió un ejército hacia la frontera con Siria a mediados del verano. La distancia, el calor, el hecho de que era época de cosecha y el prestigio del enemigo, hicieron que muchos se excusaran y otros abandonaran sin excusa alguna. Acamparon esa noche sin comida ni bebida, cobijándose tras sus camellos. El ejército avanzó hacia Tabuk, en el borde de Siria, pero allí se enteraron de que el enemigo todavía no se había reunido para la batalla, así que la campaña terminó en paz. Finalmente regresaron a La Meca, después de convertir a varias tribus.

Declaración de inmunidad

Aunque La Meca había sido liberada y su gente era ahora musulmana, el orden oficial de la peregrinación todavía no había sido alterado; los árabes paganos actuaban a su manera y los musulmanes a la suya. Fue solo después de que la caravana de la peregrinación dejara Medina el noveno año de la Hégira, cuando el Islam dominó el norte de Arabia, que la Declaración de Inmunidad, como fue llamada, fue revelada. Su propósito era que después de ese año solo los musulmanes pudieran realizar la peregrinación, a excepción de los idólatras que tuvieran una tregua continua con los musulmanes y que nunca hubieran roto sus tratos ni apoyado a nadie que los hubiera roto. Estos, entonces, disfrutarían de los beneficios de su tratado desde ese momento, pero cuando el tratado expirara sus beneficios serían los de los demás idólatras. Su proclamación marcó el final de la idolatría en Arabia.



LOS ÚLTIMOS MESES



La Peregrinación de Despedida

El final, sin embargo, estaba llegando, y en el décimo año de la Hégira, el Profeta partió de Medina con unos 90.000 musulmanes venidos de toda Arabia para realizar el Jayy, la peregrinación. Este viaje triunfal de un hombre de edad, cansado por los años de persecución e incansable lucha, está rodeado por un esplendor crepuscular, como si un esplendoroso anillo de luz hubiera sido al fin concluido, abarcando el mundo mortal y su calmo resplandor.

En el décimo año de la Hégira él fue a La Meca como peregrino por última vez, en lo que se conoce como su “Peregrinación de Despedida”, cuando desde la planicie de Arafat rezó ante una enorme cantidad de peregrinos. Les recordó todas las tareas del Islam, y que un día se encontrarían con su Señor, que los juzgaría a cada uno de acuerdo a sus obras. Al final del discurso, preguntó: “¿He transmitido el Mensaje?”, y de la gran multitud de personas que unos meses o años atrás habían sido politeístas, se escuchó la respuesta: “¡Oh, Dios! ¡Sí!” El Profeta dijo: “¡Oh, Dios! ¡Sé testigo!” El Islam había sido establecido y se transformaría en un grandioso árbol que cobijaría a grandes multitudes. Su trabajo había sido realizado y estaba preparado para dejar su carga y partir.

Enfermedad y Muerte del Profeta

El Profeta regresó a Medina. Todavía había trabajo por hacer, pero un día fue atacado por distintas enfermedades. Llegó a la mezquita envuelto en un manto y muchos vieron los signos de la muerte en su rostro.

“Si hay alguien entre ustedes”, dijo, “con quien he sido injusto, aquí tienen mi espalda. Castíguenme. Si he dañado la reputación de alguno de ustedes, que haga lo mismo con la mía”.

Y dijo:

“¿Qué tengo que hacer con este mundo? Este mundo es como un caminante que se detiene bajo un árbol buscando refugio, y luego sigue su camino dejándolo atrás”.

Y luego dijo:

“Hay un siervo entre los siervos de Dios a quien se le ha ofrecido la oportunidad entre este mundo y el Más Allá, y el siervo ha escogido el que está con Dios”.

El día 12 del mes de rabí ul áwal, en el onceavo año de la Hégira, que en el calendario cristiano es el 8 de junio de 632, el Profeta entró a la mezquita por última vez. Abu Báker lideraba la oración, y le pidió que continuara. Al observar a la gente, su rostro estaba radiante. “Nunca antes vi el rostro del Profeta más hermoso que en ese momento”, dijo su compañero Anas. Regresando a la vivienda de Aisha, recostó su cabeza en su regazo. Abrió los ojos y ella lo escuchó murmurar: “Con la mejor compañía en el Paraíso...” Estas fueron sus últimas palabras. Cuando, más tarde ese día, se rumoró que había muerto, Ómar amenazó con castigar a aquellos que difundieron el rumor, declarando un crimen pensar que el Mensajero de Dios pudiera morir. Estaba gritando a la gente cuando Abu Báker llegó a la mezquita y lo escuchó. Abu Báker fue hasta la habitación de su hija Aisha, donde yacía el Profeta. Habiendo descubierto que era verdad, regresó a la mezquita. La gente todavía estaba escuchando a Ómar, que decía que el rumor era mentira, que el Profeta, que era de su sangre, no podía haber muerto. Abu Báker se dirigió a él e intentó detenerlo susurrándole una palabra. Luego, viendo que no escuchaba, Abu Báker llamó a la gente, que reconoció su voz; dejaron a Ómar y se reunieron con él. Primero agradeció a Dios, y luego dijo estas palabras que personificaron a la multitud del Islam: “¡Oh, gente! Quien solía adorar a Mujámmad, sepa que Mujámmad ha muerto.

Pero quien adora a Dios, sepa que Dios está vivo y no morirá”. Luego recitó la aleya del Corán:

“Mujámmad es un Mensajero a quien precedieron otros. ¿Si muriera o le dieran muerte, volverían al paganismo? Quien regrese al paganismo no perjudica a Dios. Dios retribuirá generosamente a los agradecidos”. (Corán 3:144)

Encuéntranos en línea

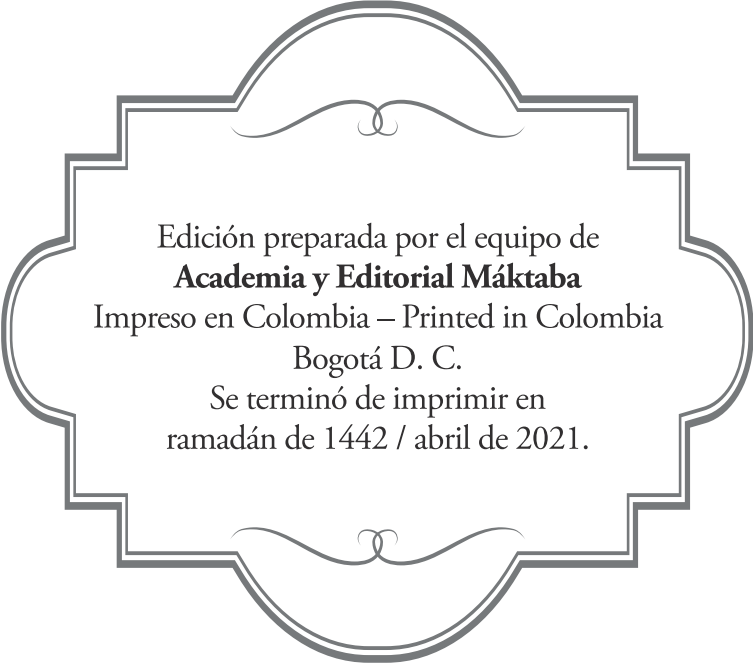
contacto@editorialmaktaba.com
www.editorialmaktaba.com

 +57 3057131407

 /AcademiaMaktaba

 /academiaeditorialmaktaba

 /MaktabaAcademia



Edición preparada por el equipo de
Academia y Editorial Máktaba
Impreso en Colombia – Printed in Colombia
Bogotá D. C.
Se terminó de imprimir en
ramadán de 1442 / abril de 2021.